

SERMON

PARA EL SETIMO DIA DE LA NOVENA.

DE LA OBEDIENCIA DE MARIA SANTISIMA.

La Santísima Virgen por su justicia fué necesariamente el mas perfecto modelo de obediencia.

Obedivi voci Domini Dei mei, et feci omnia sicut præcepisti mihi.

He obedecido á la voz del Señor Dios mio, y todo lo he hecho como me lo mandaste.

Deuter. cap. XXVI, v. 14.

Tenemos la dicha, amadísimos hermanos, de profesar una religion, cuya divinidad, entre otras mil pruebas, puede hacerse conocer por la santidad de su moral. Mil errores se conocian en el mundo antes de la venida de Jesucristo: regístrese las antiguas historias que trasmiten hasta nosotros los usos y costumbres de los pueblos, las leyes porque se gobernaban, y encontraremos los mas chocantes abusos. Una pequeña parte de los hombres, eran adoradores del verdadero Dios y observantes de la ley de Moisés, y aun estos, vinieron á dar al traste con su fé y buenas costumbres, toda vez que fueron los verdugos del que venia á sal-

varlos. El odio, la hipocresía, la venganza, los mayores crímenes, lejos de reputarse por vicios, recibian aplausos; tal vez sus perpetradores eran estimados como hombres de alma grande, como en nuestros días son llamados por los sectarios del moderno filosofismo los incrédulos desobedientes, que hollando los preceptos de Dios, y enorgullecidos de lo que se creen valer por su ciencia, y la reputacion que pueden adquirir en el gran mundo, viven sin Dios, sin religion y sin leyes. La sociedad, presentaba entonces un aspecto aterrador; ni amor, ni caridad, ni justicia existia entre sus miembros. Este estado de cosas debia concluir para siempre. Una religion, una moral que hiciese al hombre entrar en el conocimiento de sus deberes, era una necesidad apremiante, y esta necesidad violó el mundo satisfecha con el Evangelio. Publicose este y se propagó por el mundo entre grandes contradicciones y á través de las mas crueles persecuciones. Los apóstoles le predicaban sin temor, obedeciendo la voz de aquel que los habia dicho: *Euntes in mundum universum prædicate Evangelium omni creaturæ*: Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura. Fuertes en la fé los fieles de la primitiva Iglesia, encontraban su mayor gloria en sellar con su sangre la nueva religion, y los pueblos, que dóciles la abrazaban, veian por el cumplimiento de los preceptos que imponia, regenerarse la sociedad, mejorarse las costumbres, y entrar los hombres en vida santa, hasta entonces desconocida. El Evangelio que se anuncia, condena el orgullo, la venganza, el odio, la impureza, el homicidio y los demas vicios; al paso que enseña la caridad, la humildad, la castidad, la confianza en Dios, el desapego de las cosas terrenas y el deseo de

las eternas. Enseña á los hombres á vivir como si no viviesen, pues deben vivir en Dios y por Dios, y es tan perfecta su moral, que reputa por pecado hasta el deseo consentido de pecar. Los preceptos que prescribe son utilísimos y necesarios para la salud del alma, como para la del cuerpo. Observados por todos los individuos de una sociedad, esta presentaria un aspecto encantador. ¡Oh moral sublime del Evangelio! ¡Quién te estudiará, que no conozca en el momento por tu santidad la divinidad de nuestra santa religion augusta! Leed, señores, las obras de los mas sábios legisladores que ha tenido el mundo; consultad los preceptos que para el arreglo de la sociedad han hecho célebres á sus autores, y parangonad estas obras y los mas sábios discursos de la elocuencia humana con el sermón de Jesucristo en el monte: comparad todas las doctrinas con la que encierran las bienaventuranzas, y por mas que hayais tenido la desgracia de contaminaros con las doctrinas heréticas, confesareis la santidad de las máximas del Evangelio, y la divinidad de la religion que presenta tal y tan admirable código de leyes.

Infelices mil veces de nosotros, si contentos con admirarlas, no las observamos con fidelidad y no obedecemos al divino autor de la religion, que nos prescribe el tributo de obediencia. Dichosos por el contrario si al llegar el día de nuestra separacion del mundo, podemos esclamar: *Obedivi voci Domini Dei mei, et feci omnia sicut præcipisti mihi.* He obedecido á la voz del Señor Dios mio, y todo lo he hecho como me lo mandaste. Entonces sí que llegaremos al colmo de la felicidad; entonces sí que nuestra dicha será completa, puesto que, habiendo sido observadores de las leyes

del Evangelio, su moral santa nos habrá hecho sufrir con resignacion las adversidades, y nos habrá dirigido al seguro puerto de la salvacion. Jesucristo que fué obediente hasta la muerte y muerte de cruz, nos enseñó con su ejemplo, pues vino al mundo como legislador y como maestro. Como legislador dictó nuestras sacrosantas leyes, y como maestro las practicó para que de él aprendiésemos, y lleno de bondad nos dejó en su Madre el mas perfecto modelo de virtudes entre todas las criaturas, y la que con mas fidelidad fué imitadora de las de Jesus.

En los discursos anteriores hemos tenido ocasion de hacer resaltar la justicia de esa Bienaventurada Virgen que no conoció el pecado. ¿Y por qué llegó María á un estado tan perfecto? No por otra causa si no porque fué obediente, y esta es una razon indudable á todas luces, porque si en lo mas mínimo hubiese desobedecido á la voluntad de Dios, en este caso no hubiera sido perfectísima, y no siéndolo, tampoco hubiese sido digna de ser Madre de Dios.

Siguiendo pues el orden que vamos dando á este novenario, voy á haceros ver que *María Santísima por su justicia, fué necesariamente el mas perfecto modelo de obediencia.* Ved aquí el asunto del presente discurso, interesante en sumo grado, toda vez que el cuadro cuyo imperfecto boceto voy á trazar, nos servirá para caminar por su imitacion por las sendas que guian á la patria de los escogidos.

Para el mejor acierto, ayudadme á impetrar los auxilios de la Divinidad, por la mediacion de la Santísima Virgen, saludándola reverente y devotamente. *Ave María.*

PARTE UNICA.

Yo desearia que esos filósofos de nuevo cuño que toman por asunto de la mayor parte de sus conversaciones el combatir los preceptos del cristianismo, que están muy lejos de comprender, fijasen su vista en la santidad de la moral cristiana, y examinándola llegarían á conocer que todo cuanto se nos prescribe en el Evangelio, se encamina al bien del hombre y á la reforma universal del género humano. Si el cristianismo fuese obra de los hombres, tal vez se resistiría á la discusion; pero como obra esencialmente de Dios, no tiene inconveniente en admitirla, toda vez que ella hace mas resplandeciente su bondad y su divinidad. ¿Qué legislador ha presentado, ni se atreverá á presentar un código de leyes mas útil para la sociedad que el Evangelio? Meditadle, señores, en todas sus partes; examinad todos los preceptos de la ley de Dios, y al ver que se nos manda despues del amor de Dios amarnos unos á otros como hermanos, haciendo bien no solo á nuestros amigos, sino hasta aquellos de quienes hemos recibido ofensas; al ver que se nos prohíbe el hurto, el homicidio, el adulterio y todos los demas vicios y crímenes que arrastran á la sociedad á un estado de cinismo escandaloso, no podreis menos de confesar que es vivir en el error todo lo que es apartarse del Evangelio. Gloria sin fin se ofrece en él al obediente á los divinos preceptos, y castigos de eterna duracion á los inobedientes que dando oídos á los consejos del mundo corrompido, los cierra á los mandatos de Dios. El apóstol San Pablo, celoso por la salvacion de todos, dá admirables con-

sejos en la série de sus cartas, por los cuales santificando todos los estados, guia al sacerdote y al lego, al sábio y al ignorante, al rico y al pobre, sin olvidarse del magistrado, de la doncella y de la viuda.

Esta sublime moral, que es el alma de la sociedad, es admirada hasta por los mismos enemigos de la religion cristiana: pero muchos contentándose con su admiracion y con confesar que todo ello guia á una perfeccion extraordinaria; niegan que se pueda reducir á la práctica. ¡Oh error lamentable! ¡oh ceguedad funesta! ¿Acaso creéis que seria conforme á la justicia de Dios darnos reglas impracticables al hombre? ¿Creéis que seria conforme á su dignidad enseñarnos el camino por donde únicamente podriamos caminar para salvarnos, y cerrarnos las puertas que á él dieran entrada? No, hermanos míos: para ser obedientes á sus preceptos no es necesario que nos retiremos del mundo y habitemos como anacoretas en los desiertos, ni que hagamos otras obras heróicas que Dios exige únicamente de ciertas almas, á quienes escoje y elije para edificacion y modelos de su pueblo. En todos los estados, en toda condicion en que su Providencia nos haya colocado, podemos ser obedientes á su ley y salvarnos.

En una época como la que estamos atravesando, en que se hace gala de no obedecer las leyes divinas ni humanas; en que se nos quiere arrastrar á una funesta anarquía espiritual y política; en unos días en que para muchos es una quimera la sujecion á las leyes, desórden que ha sido la causa y fundamento cierto de esos trastornos y revoluciones que venimos experimentando desde principios del presente siglo, deber es, y muy sagrado, de los ministros de la re-

ligion, recordar á los que son miembros de la Iglesia católica la obligacion en que están de dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que pertenece al César; es decir, el deber en que están de ser obedientes á la ley de Dios, ley que les enseña que deben tambien serlo á las leyes civiles, en tanto que estas no se opongan á los preceptos de Dios, pues que en este caso deberemos primero perder la vida que obedecer lo que no está en armonía con la ley de Dios.

El asunto á que debemos contraernos en esta tarde, segun la proposicion establecida, nos dá ocasion de presentar un acabado modelo de la obediencia cristiana. Fijando la vista en él, se convencerán todos que no solo á teorías, sino que tambien á la práctica pueden reducirse los preceptos del Evangelio, y los saludables avisos y oportunos consejos del apóstol San Pablo. Hablo, señores, de esa Purísima Virgen, modelo de la mas profunda obediencia: hablo de la Bienaventurada Virgen María, cuyas virtudes heroicas vienen siendo asunto de nuestras meditaciones en este novenario. Veamos, pues, á María Santísima siendo el mas perfecto modelo de obediencia, observando antes los motivos que necesariamente le obligaron á que resplandeciese en ella esta virtud en el grado mas heroico.

Y desde luego, ¿cuál fué el origen de la desgracia de Adán y de su posteridad? ¿Quién privó al primero de los hombres de aquella felicidad que gozara en el Paraiso, donde le habia colocado el Hacedor Supremo? ¡Ah! la desobediencia al mandato de su Dios: apoderándose de su corazon la soberbia y queriendo saber tanto como Dios, comió la fruta del árbol prohibido, desobedeciendo el único precepto que le habia sido

impuesto. La soberbia le hizo desconocer su dependencia del Criador, y desde entonces cuantos desórdenes y crímenes se han venido cometiendo en el mundo, todos son dimanados de la desobediencia á la voluntad de Dios. Habiendo pecado Adán, un Reparador necesitaba el mundo, y en la plenitud de los tiempos apareció entre los hombres revestido de la humana naturaleza, que habia unido á sí hipostáticamente en el vientre de una mujer escogida, el que siendo verdadero Dios, quiso ser tambien verdadero hombre para redimir á la humanidad. La que dió al Salvador su carne en sus purísimas entrañas, era aquella mujer ofrecida en el mismo Paraiso, y que habia de quebrantar la cabeza de la astuta serpiente. María habia de ser la contraposicion de Eva: esta introdujo la muerte, y María nos dió en Jesucristo la vida; la soberbia se apoderó del corazon de Eva para pecar y hacer pecar á Adán, y por esto María, segunda Eva, fué humildísima en el grado que oísteis en el discurso anterior; y siendo la soberbia la que arrastró á la primera Eva á la desobediencia, fué necesariamente la humildad la que guió á la segunda á un grado de perfectísima obediencia. En todos los actos de su preciosa vida vemos resplandecer una obediencia universal, pronta y alegre, cualidades que segun los maestros de la vida ascética, forman la perfeccion de la virtud de la obediencia.

En nada, en ningun tiempo, bajo ningun pretesto se opuso María Santísima ni aun con el pensamiento á la voluntad de Dios; antes por el contrario, obedecíale, ora la enviara gozos, ora penas y aflicciones; ya la enviara consuelos, ya tuviese que sufrir dolores incomparables por su estension y profundidad.

Hablando Santo Tomás de Villanueva en un sermón de la Anunciación de la obediencia de la Virgen María, al referir aquellas palabras que contestó al Ángel: *Hé aquí la esclava del Señor*, esclama entusiasmado: « ¡Oh verdadera esclava, que ni con palabras, ni con obras, ni aun con el pensamiento contradijo jamás al Altísimo, sino que desnuda de la propia voluntad siempre y en todo vivió obediente á la voluntad de Dios (1)! »

Así es, hermanos míos; María que no ignoraba que era descendiente de ilustre estirpe, vive contenta y gozosa al lado de sus padres, en su niñez, oscurecida en una pequeña villa, sin quejarse por verse en pobreza, pues conociendo que así era la voluntad de Dios se sujetaba á ella sin repugnancia y sin violencia. ¡Qué ejemplo mas admirable! ¡Cuánto sufren y cuánto tienen que violentarse las criaturas, cuando descendiendo de distinguidos linajes, tienen que habituarse á la escasez! Faltos de fé obedecen, no voluntariamente, sino por fuerza, y pasan una vida inquieta y azarosa, en el recuerdo de antiguas grandezas. Empero lo que es asunto de aflicción para los mundanos, lo es de gozo para María. En obedecer encuentra su mayor alegría, y su obediencia, nacida de su humildad, fué la que la elevó á la altísima dignidad para que fué escogida entre millares por la Santísima Trinidad.

No voy á detenerme en haceros ver aquella sumisión y obediencia, con que en el templo se sujetaba á cuanto le ordenaban los sacerdotes, quiero sí única-

(1) O vera ancilla, quæ neque dicto, neque facto, neque cogitatu unquam contradixit Altissimo, nihil sibi libertatis reservans, sed per omnia subdita Deo.

mente presentar á vuestras consideraciones otros hechos, que por sí solos no podrán menos de llenar de confusión á muchos cristianos del siglo XIX, que creyéndose completamente independientes, se creen en entera libertad para apartarse del cumplimiento de las leyes divinas y civiles. Cristianos, los que bajo el pretexto de una libertad mal entendida sacudís todo yugo, y caminando de precipicio en precipicio os precipitais en una anarquía que no puede menos de perderos, atended, os ruego, á la conducta de María Santísima, fiel y obediente no solamente á los mandatos de Dios, sino tambien á los de los monarcas: César Augusto hace publicar un edicto, por el cual ordena un empadronamiento general, en cuya virtud cada individuo debía ir á empadronarse al pueblo de su procedencia. María vivía en Nazareth, cuya población distaba bastantes leguas de Belén, en la Judea, á donde se encaminó José con su esposa por que era de la casa y familia de David. Considerad, señores, el estado de preñez en que se hallaba la Santísima Virgen, y que era el rigor del invierno cuando emprende su viaje. Natural parecia que por estas circunstancias, María hubiese permanecido en Nazareth, y José hubiese ido representando á su esposa. Pero no: María no creía obedecer de este modo, y ni lo largo del viaje, ni las incomodidades que necesariamente eran anejas á él, ni los grandes frios que conocia habia de experimentar, ni lo delicado de su estado, pudieron hacerla desobedecer á la orden que se habia publicado. Aun hay mas: estando en Belén llega el momento determinado en que habia de dar al mundo el Salvador. No la pesa haber sido obediente, ni recuerda en tan críticos instantes su antigua morada, donde aunque con pobreza, hu-